

## Cruz, descanso y victoria

ASÍ, como si de un sudario se tratase, **Santa Teresa de Jesús** saluda a la Cruz de Cristo con los recordados versos que dicen "Cruz, descanso sabroso de mi vida,/vos seáis la bienvenida". Parece que **Teresa** estuviera contemplando ya la Cruz desnuda, Cruz sin espinas ni sangre, sino con tuestos de flores, agua de pozo y velas blancas de nuestros patios del sur. Un sur, por cierto, donde tanto padeció las inclemencias del tiempo en un infernal verano y la aspereza de los tiempos enfebrecidos, a la par de gloriosos, de finales del XVI en la Sevilla de la Carrera de Indias. Viene a ser la Cruz aquí el *sabroso descanso* - observad con cuánto acierto es usado el adjetivo- porque, igual que manifiesta en sí misma la debilidad del Dios-Hombre humillado y maltratado, también la Cruz viene a ser el escenario donde se expresan la verdad y la gratuidad del amor de Dios. Y el amor de Dios es, al fin, nuestro descanso.

No es este madero desnudo -despojado del Cristo- una encrucijada sombría, sino que viene a ser un ascua resplandeciente, una llama que emerge como el cirio pascual encendido en la Vigilia, con su alfa y su omega, el origen y el fin en torno a la Cruz dibujada. Es la Cruz un candil que diluye nuestras nieblas interiores. Y así -*descanso sabroso*- recordamos a **Juan de Yepes**, el santo vicario de los Descalzos que anduvo en torno a 1586 por nuestra ciudad con objeto de coordinar el traslado del convento primitivo, fundado por Teresa, a las casas del barrio de la judería hasta donde llevó una sencilla Cruz arbórea que quedaría incrustada en la pared. Y, si la Cruz es luz, debemos recordar sus versos: "*Y aunque en tinieblas padezco/ en*

*esta vida mortal/ no es tan crecido mi mal,/porque si de luz carezco,/tengo vida celestial".*

Si, en los momentos iniciales de nuestra fe, las primeras comunidades hablan con no poco desconcierto o demasiado disimulo de la muerte en Cruz, será rápidamente **Pablo de Tarso** quien, tras su encuentro con el Señor camino de Damasco, nos ayude a dilucidar la transcendencia teológica de la Cruz. Es ella-escándalo y necedad para muchos, dirá el apóstol- la que nos explica que Jesús, realmente, ha sufrido y ha muerto en ella, y lo ha hecho por todos los hombres, por cada uno de los hombres. En definitiva, esta cruz que hoy contemplamos nos recuerda que Jesús ha muerto en ella por ti y por mí. Nunca está de más, y este año es el propicio para ello, recordar que esta Cruz, según Pablo, manifiesta la grandeza de la misericordia de Dios. Y aquí entroncamos con la definición más nuclear de la Misericordia que, según la *Bula Misericordiae Vultus*, es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Encuentro que, una línea vertical que desciende y otra horizontal que cubre la tierra como una gran nube, se produce ya para siempre y hasta el fin de los tiempos, en el punto exacto que es la Cruz a la cual hoy venimos a cantar.

Desde el bautismo, los cristianos llevamos esta Cruz escrita sobre el corazón, así nos signan para la vida eterna nuestros padres y padrinos. Por la Cruz marcada nos ungen con el crisma que nos convierte en sacerdotes, profetas y reyes. Reyes de una vida eterna, de una vida nueva que se nos entrega gracias a Aquel que murió en la madera. Reyes como Cristo que, según el lema que recibe a mis hijos en su escuela, reina en el universo desde esta Cruz, repugnante instrumento donde se atormenta a los criminales.

El escandaloso significado de la Cruz es tan profundo, la sombra transversal del que sufrió por redimirnos es tan imborrable que, aún hoy, hermanos nuestros son perseguidos, torturados, sacrificados en otros patíbulos por llevarla tatuada -como la *señalita* del Cantar de los Cantares- sobre el corazón. Cristianos como nosotros mueren -en Siria, en Irak, en Egipto, en Sudán, en Kenia, en Pakistán, en Etiopía, en las orillas de Libia- por esta Cruz en torno a la que hoy nos reunimos. Ha dicho el **Papa Francisco** que la verdadera historia de la Iglesia es la historia de los mártires. La palabra de Jesús, el primer mártir, es detestada por aquellos de duro corazón para los que su mensaje sigue siendo incómodo. El poeta y monje trapense **Thomas Merton** escribirá en un poema *"Cuántos detestan tu cruz, tu llave, la única que vence la última puerta infranqueable, / la que nos sorprenderá, Paz, con tu asedio / y nos permitirá penetrar el insondable abismo en donde tú moras"*. Hoy que, finalizado el tiempo pascual y aún con el soplo de Pentecostés inflándonos por dentro como un globo al que empujase el viento, festejamos el triunfo de la Cruz; no podemos olvidarnos de los mártires contemporáneos, los que hacen peligrar su vida cada vez que intentan comulgar o reunirse en memoria del Galileo. Por eso ahora me viene a la cabeza la emocionante lectura poética de **José María Jurado**, uno de los más importantes poetas contemporáneos, una tarde de noviembre. Tras un absurdo ataque a la fe católica en el transcurso de unas jornadas poéticas, leyó, en medio de un imponente silencio, su poesía dedicada a los treinta mártires libios decapitados junto a las olas del Mediterráneo: *"el mar de Galilea recoge vuestra sangre / como un cáliz inmenso y un sudario infinito"*.

Pero la Cruz no es solo un recuerdo, una memoria, un escenario teórico... La Cruz es la realidad de nuestra vida como seguidores de Jesús. Vivir cristianamente es tomar la cruz -y eso bien lo saben los hermanos de esta *muy antigua Hermandad*- y seguir al Galileo en un camino diario de renunciaciones y sufrimientos. Llevar la Cruz es incómodo y, a poco que caminemos, nos surgirán ofertas más placenteras. Pero solo si cargamos con esta Cruz a la que hoy cantamos, viviremos en la belleza y esperanza que nos lleva a la luz de la mañana de la piedra removida, sueño invencible de los soldados, vendas ovilladas y el "*noli me tangere*" del Señor a María Magdalena que se arrodilla -así lo pinta **Fra Angélico**- sobre la vegetación del huerto donde fue excavado el nuevo sepulcro que ahora queda oscuro y olvidado.

La cruz es, en el decir popular, símbolo de sufrimiento, pero también de verdad, de autenticidad. Y así lo explica, entre desengaños amorosos, la letra de la soleá flamenca "*yo llevo una cruz al hombro/ que la arrastro sin poder*". Recuerdo haber escuchado cantañear a mi padre esta letra del gran **Antonio Mairena** quien, no en vano, llevaba la Cruz en su apellido al igual que los geniales hermanos Pavón Cruz: el enfermizo y exquisito **Tomás** y su hermana **Pastora**, la inolvidable "Niña de los Peines". De Pastora es sabido que le gustaba cantar -así me lo contó porque lo vio mi querido **Javier Molina** quien, por cierto, tanto sabía de la Buena Muerte de Cristo- en las cruces de mayo de los patios de vecindad de Sevilla. Cantes festeros, cantes alegres porque la Cruz ya vacía es, "escándalo o locura", el motivo último de nuestra alegría. Y a la cruz, que es verdad y que es también camino de reconciliación se refiere la letra de la bulería por soleá "*Si no llevas una cruz/ vestida de Nazareno/ y no das las tres caídas/ en tus palabras no creo*".

Si decimos que -como explica el escolio de **Nicolás Gómez Dávila**- "*el cristianismo no inventó el concepto de pecado, sino el de perdón*" es porque en la cruz acontece la redención y en ella -necedad y escándalo para algunos- reconocemos al Dios verdadero como le ocurre al centurión que mira, conmovido, al ajusticiado y ve en él a la fuerza de Dios.

Ha afirmado **Armando Pego Puigbó** recientemente que "*Pablo de Tarso descubre en el escándalo de la cruz la palabra eterna que sostiene el mundo*". Esta palabra eterna -a cada uno de los que creemos en el Resucitado- sostiene nuestras vidas y si el salmo 53 dice que "el Señor sostiene mi vida", los cristianos podemos afirmar que Dios nos sostiene, precisamente, sobre el armazón de esta cruz. El antiguo lema Cartujo es claro: "*Stat Crux dum volvitur orbis*". O, lo que viene a ser lo mismo: la cruz permanece inalterable mientras el mundo da vueltas. "Como el mundo es redondo, el mundo rueda" dirá **Gustavo Adolfo Bécquer**, pero la Cruz, donde, verdaderamente, se produce la glorificación de Dios en su hijo, permanece alzada atrayendo al cosmos hacia sí en un fenómeno de amoroso magnetismo. El rezo de laudes del Viernes Santo no deja lugar a dudas: *al ser elevado en la cruz atrajiste hacia ti a todos los hombres.*

Porque, desde muy temprana hora, la liturgia del Viernes Santo se centra en la contemplación de la cruz. Recordamos ese día santo el drama de la muerte, pero la cruz es adorada con solemnidad: "mirad el árbol de la cruz..."

Árbol de la cruz, árbol santo que es arrancado y troceado para crucificar al Justo. Por su seca corteza, ya sin savia, cae la sangre un mediodía de primavera. Se oye gemir

viento y las nubes emborronan el cielo. Entonces el tronco muerto, oh milagro, reverdece y comienzan a surgir en la madera seca-prodigio del hijo del carpintero- como puñitos luminosos, las hojas nuevas de la vida.

**José Julio Cabanillas** en su reciente y recomendable libro, "*Poemas descalzos*", editado en vísperas de la Semana Santa, da voz a la Cruz en la poesía titulada "*El árbol*". Describe su biografía -queremos adivinar que es un olivo centenario- hasta ser talado, descuartizado y llevado al Calvario: "*luego, en lo poco que de mí quedaba, clavaron - yerro y sangre- lo poco que quedaba de aquel hombre*". Pero ni la Cruz ni el Calvario son el final de la historia, el Señor nos tenía guardado, en las entrañas de la madera, el mejor epílogo. "Lo que llamamos comienzo es a menudo el fin y llegar a un fin es hacer un comienzo" dirá **TS Eliot** al final de los *Cuatro Cuartetos*. Y **JJC** deja intuir esta idea, con sencillez y profundidad, en un verso definitivo "*en medio de la cruz brota una rosa*".

Esa rosa que nace de la Cruz es la Resurrección de nuestro Señor, y con ella el anuncio certero de la tuya y la mía. Por eso hoy saludamos a esta cruz conscientes de que, como decía **Santa Edith Stein**, al saludarla lo hacemos a nuestra "*esperanza única*". La Cruz es, para el cristiano, una victoria y una suerte, una victoria y una suerte que son, en suma, nuestra vida, nuestra esperanza.

En medio de un campo de amapolas de sangre recién abiertas, con las violetas alas de los lirios ya despiertas y los borrones blancos de las jaras temblando, vemos hoy esta Cruz vacía sobre el atardecer de mayo. Una Cruz que, siendo la misma, es distinta a la que vimos en marzo

mientras se oscurecía el cielo y se rasgaban las cortinas del templo. Esta cruz resplandece en el Calvario hoy delante de nosotros y nos llena de esperanza. Esta cruz que es todo fiesta, que es alegría, nos lleva aquí, de la mano de **Juan Ramón Jiménez**, al Dios Azul para el que *"la flauta y el tambor / anuncian ya la cruz de primavera./ Vivan las rosas, las rosas del amor, / entre el verdor con flor de la pradera!... Vámonos al campo por romero, vámonos, vámonos / por romero y por amor.../«Ya floreció la cruz de primavera. / ¡Amor, la cruz, amor, ya floreció!» / Me respondió: «¿Tú quieres que te quiera?» /;Y la mañana de luz me traspasó!*

Con esta visión final de la Cruz gloriosa -que no es escándalo ni necedad, sino que es fiesta, victoria, descanso y consuelo-, de la cruz florecida iluminando el valle, regresamos de nuevo a **Santa Teresa** y finalizamos, tal comenzó nuestra intervención, recordando sus versos. De este Sur detestado en algunos de sus escritos, algo quedaría en la sensibilidad de Teresa cuando viene a comparar la Cruz con algo tan sencillo y simbólico como es una aceituna. La aceituna, fruto del árbol sagrado de Andalucía, muere y es aplastada para alimentarnos, ungirnos e iluminarnos, y así lo canta Teresa:

"Es una oliva preciosa/la santa cruz/ que con su aceite nos unta/y nos da luz./Toma, alma mía, la cruz con gran consuelo, que ella sola es camino/ para el cielo".

Así sea.

Lutgardo García Díaz